

Presentación

La historia de la filosofía, como explicaba Aristóteles, debe tener un carácter propedéutico para los estudios filosóficos. Con este fin se ha escrito esta breve historia de la filosofía antigua, para introducir en el conocimiento de los primeros filósofos y con su ayuda comprender la peculiar naturaleza del saber que ellos inauguraron y todavía hoy nosotros buscamos poseer. Porque, por encima de las doctrinas concretas, aún en parte vigentes, ésta es la principal enseñanza de los filósofos griegos: la filosofía debe entenderse en el sentido que ellos le dieron, como búsqueda de la verdad, aspiración a conocer del modo más profundo —desde las primeras causas— la totalidad de las cosas.

Ciertamente, la curiosidad por conocer el pensamiento antiguo nunca ha sido tan grande, ni la bibliografía a él dedicada tan abundante como en nuestros días. Sin embargo, se echan en falta, y más en nuestro idioma, manuales que recojan y sinteticen los resultados de las recientes investigaciones historiográficas que han modificado, al menos en parte, la estereotipada figura que los historiadores del ochocientos forjaron de muchos de los antiguos pensadores y que los manuales puntualmente repitieron.

Por otro lado, al formar parte de una colección de iniciación filosófica, la brevedad ha sido una exigencia que era necesario respetar. Por eso he intentado marcar las líneas esenciales que dibujan el pensamiento de los principales filósofos antiguos, eludiendo las cuestiones accidentales, pero sin renunciar al empleo de sus propias palabras como instrumento pedagógico. En otras ocasiones, la oscuridad y ausencia casi completa del primitivo verbo filosófico han hecho necesaria la interpretación. En todo caso sólo he pretendido transmitir con fidelidad el núcleo esencial de las antiguas doctrinas filosóficas con la esperanza de servir a su comprensión.

Introducción

1. ORIGEN Y NATURALEZA DE LA FILOSOFÍA ANTIGUA

El descubrimiento de la filosofía es atribuido, según el testimonio de Heráclides Póntico, a Pitágoras, quien interrogado en qué arte se sentía más seguro, respondió que no poseía ninguno, sino que era sólo filósofo¹. Independientemente de la veracidad de esta narración, sí hay que afirmar que tanto el término como el concepto de filosofía fueron acuñados por el pueblo griego, rechazando, por tanto, la opinión que sostiene su origen oriental. El estado actual de las investigaciones históricas confirma la paternidad griega de la filosofía, poniendo fin a una cuestión ampliamente debatida. Afirmer el origen griego de la filosofía no significa, sin embargo, negar todo posible influjo oriental en su nacimiento, sino sostener que tales influencias — sobre todo de tipo matemático, astronómico y, más en general, de carácter práctico — no disminuyen la originalidad del genio griego.

¿Pero en qué consiste tal originalidad? ¿Cuáles son las características de ese nuevo saber que irrumpe por vez primera en la costa jónica del Egeo y que tan importantes consecuencias ha tenido para el desarrollo de la cultura occidental? En un principio — entre los siglos VI y V a.C. — el término filosofía tuvo un significado bastante genérico y designaba la actividad intelectual, la cultura entendida en sentido retórico-literario. Sin embargo, el significado específico de filosofía que los griegos han transmitido corresponde más bien al que posteriormente le atribuyeron Platón y Aristóteles.

Fue efectivamente obra suya la configuración de la filosofía como una ciencia con unas características determinadas, que recogían y precisaban la original actitud de los primeros presocráticos ante las cosas.

Así, para Platón, la filosofía es búsqueda de la sabiduría, de una sabiduría que es en sí misma ilimitada, esto es, saber absoluto que sólo compete a Dios²;

1. Cfr. HERÁCLIDES PÓNTICO, fr. 88; DIÓGENES LAERCIO, I, 12.

2. Cfr. PLATÓN, *Fedro*, 278 c-d.

al hombre le corresponde su búsqueda, preguntarse e investigar por la totalidad de lo real. También para Aristóteles el saber filosófico tiene esa misma característica de totalidad, de pregunta sobre toda la realidad sin exclusión alguna, distinguiéndose así de las ciencias particulares, limitadas a explicar determinados sectores de ella³.

Junto a esta primera característica, pueden señalarse otras dos que ayudan a delimitar con más precisión el concepto griego de filosofía. La primera hace referencia a su *método*: la filosofía quiere ser explicación puramente racional de esa totalidad que constituye su objeto. No le basta al filósofo describir y constatar, necesita conocer las causas y razones, y por tratar su investigación de todo lo real, tales causas y principios deberán ser los primeros, aquéllos de los que dependen todas las cosas. Como escribe Aristóteles, «lo que ahora queremos decir es esto: que la llamada sabiduría versa, en opinión de todos, sobre las primeras causas y sobre los principios»⁴.

El último de los rasgos principales de la filosofía griega es su *fin*. La finalidad es exclusivamente teórica, contemplativa, como se desprende, de nuevo, de estas palabras de Aristóteles:

«Que no se trata de una ciencia productiva, es evidente ya por los que primero filosofaron. Pues los hombres comienzan y comenzaron siempre a filosofar movidos por la admiración; al principio, admirados ante los fenómenos sorprendentes más comunes; luego, avanzando poco a poco y planteándose problemas mayores, como los cambios de la luna y los relativos al sol y a las estrellas, y la generación del universo. Pero el que se plantea un problema o se admira, reconoce su ignorancia [...] De suerte que, si filosofaron para huir de la ignorancia, es claro que buscaban el saber en vista del conocimiento, y no por alguna utilidad. Y así lo atestigua lo ocurrido. Pues esta disciplina comenzó a buscarse cuando ya existían casi todas las cosas necesarias y las relativas al descanso y al ornato de la vida. Es, pues, evidente, que no la buscamos por ninguna otra utilidad, sino que, así como llamamos hombre libre al que es para sí mismo y no para otro, así consideramos a ésta como la única ciencia libre, pues ésta sola es para sí misma»⁵.

La filosofía es, por tanto, una ciencia libre, en cuanto no persigue ninguna utilidad práctica, no busca ninguna ventaja, ningún provecho que no sea el conocer mismo, satisfacer el deseo natural de todo hombre por saber: «Todos los hombres desean por naturaleza saber»⁶.

Que la filosofía no tiene su origen en sí misma, que no surge de modo espontáneo, parece mostrarlo el hecho de que no es —con las características ya señaladas— patrimonio común de todas las culturas. Geográficamente su naci-

3. Cfr. ARISTÓTELES, *Metafísica*, VI.

4. *Ibid.*, I, 1, 981 b 27.

5. *Ibid.*, I, 2, 982 b 11-28.

6. *Ibid.*, I, 1, 980 a 1.

miento hay que señalarlo en la costa del Asia Menor, en las colonias griegas de Jonia. Fueron efectivamente tres hombres de Mileto, Tales, Anaximandro y Anaxímenes, los primeros filósofos de quienes tenemos noticia. Es Aristóteles quien ha recobrado para la historia de la filosofía, de una vez por todas, a los jonios y en primer lugar porque su búsqueda miraba al todo, al principio supremo. Preguntarse por el todo, aspirar a conocerlo todo, es lo mismo que interrogarse por el principio primero y unificador de toda la realidad.

Antes de ellos y como sus predecesores, señala Aristóteles a los poetas-teólogos —Homero, Hesíodo, los órficos, etc.—, que presentaban una explicación mitológica, fabulada del universo, a diferencia de los jonios, que, aun conservando en parte elementos irracionales y míticos, intentan una explicación racional.

Por último, que su búsqueda estuvo movida por el único afán de conocer, lo demuestra no sólo el tenor de sus investigaciones, sino también toda la tradición antigua, atenta a resaltar esa característica en las referencias personales a los primeros filósofos que nos ha transmitido⁷.

En el fondo, lo que para Aristóteles es determinante a la hora de señalar en estos tres pensadores el origen de la filosofía, no es el contenido de sus respuestas, sino su actitud ante la realidad, su convicción de que la realidad posee una estructura fundamental inteligible que es preciso, si se quiere alcanzar el saber en su sentido más noble, procurar desentrañar.

¿Por qué sucedió así? ¿Cuál fue la causa que hizo de Jonia la cuna de la filosofía? Pretender dar una respuesta precisa parece excesivamente aventurado, aunque no cabe duda que en aquella tierra se dieron unas condiciones socio-económicas favorables para el nacimiento de la filosofía: la libertad derivada de peculiares formas políticas, la actividad comercial y el consiguiente bienestar material, el florecimiento de actividades artísticas y científicas, etc.⁸. Con el paso del tiempo la filosofía desplazó su centro geográfico a otras colonias y a Atenas.

Como consideración conclusiva, se podría resaltar el valor permanente de la nueva ciencia, la filosofía, tal y como aparece en sus orígenes griegos. La filosofía griega en cuanto tal —con independencia de sus afirmaciones concretas— no pertenece a una época de la civilización ya superada, sino que constituye el inicio de un saber diverso de los mitos y las religiones, un saber racional

7. Sirva como ejemplo la conocida anécdota de Tales caído en el pozo mientras contemplaba el cielo (cfr. PLATÓN, *Teeteto*, 173 d).

8. La colonización de las costas occidentales del Asia Menor por parte de la Hélade se realizó alrededor del año 1000 a.C. Será en tales colonias donde se desarrollará, debido a sus concretas circunstancias, una forma de vida ciudadana particularmente intensa que dará origen al espíritu y la mentalidad política característicos de los griegos de la época histórica y que girará en torno a la *polis*. Entre otras muchas conquistas culturales de esa época, señalo dos particularmente importantes: la invención de la escritura alfabética y el *epos* homérico. Cfr. H. BENGTON, *Griechische Geschichte: von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit*, München 1977, parte I, c. 6 (trad. italiana, *L'antica Grecia. Dalle origini all'ellenismo*, Bologna 1989).

que versa sobre la realidad entera y cuyo fin es el conocer por el conocer, contemplar. «Se puede decir que el modo en que la filosofía fue entendida por los griegos es todavía hoy el único modo posible de entenderla, es decir, el único modo de conservar a la filosofía una autonomía, una razón de existir, sin reducirla a otras formas de saber»⁹.

2. MITO Y LOGOS

En su intento de exponer las características novedosas del saber filosófico, Aristóteles acude a su comparación con otras formas de saber, entre ellas los *mitos*. Ambos tipos de conocimiento guardan para él una importante coincidencia, su origen en la maravilla: sólo el reconocimiento de la propia ignorancia y la consiguiente maravilla ante los fenómenos del mundo, abre la vía a la filosofía y a la creencia en el mito: «... por eso también el que ama los mitos —*philomuthos*— es en cierto modo filósofo; pues el mito se compone de elementos maravillosos»¹⁰. A la vez, una diferencia fundamental separa —para Aristóteles— ambos saberes, pues si la filosofía pretende ser saber científico, racional, demostrado, el mito, aun ocupándose también del origen de la realidad toda, es un saber fabulado, imaginado, que no puede dar razón de su verdad¹¹. Aristóteles se sitúa de este modo dentro de una tradición crítica hacia los mitos —tradición iniciada ya por Jenófanes (565-470 a.C.) y todavía viva en tiempo de Aristóteles— que los contrapone y valora desde el saber científico, desde la razón —*logos*— rigurosa. De este modo, mito se convierte en sinónimo de imaginario, no verdadero, fantástico, un modo de saber propio de la infancia de la humanidad, previo al surgir del conocimiento filosófico.

Los mitos a los que Aristóteles se refiere son, principalmente, aquellos narrados por Homero en la *Ilíada* y la *Odisea*, y por Hesíodo en su *Teogonía* y en *Los trabajos y los días*, además de los transmitidos por la tradición órfica y los cultos místéricos¹². Es importante hacer notar el papel de primer orden del *epos* homérico en la formación de la cultura del pueblo heleno: la religión oficial de los griegos, muchas de sus categorías morales, su conciencia nacional e incluso el origen mismo de la especulación filosófica, dependieron en alguna medida de él. Y no deja de ser curioso que fuera precisamente la tradición crítica, a la que Aristóteles pertenece, la que transmitió a la cultura occidental el universo religioso homérico, una vez desacralizado y desmitificado.

9. E. BERTI, «Quale senso ha oggi studiare la filosofia antica», en *Studi aristotelici*, L'Aquila 1975, p. 40.

10. ARISTÓTELES, *Metafísica*, I, 2, 982 b 18-19.

11. Cfr. *ibíd.*, III, 4, 1000 a 18-20.

12. Pueden encontrarse noticias sobre los rasgos principales de la religiosidad del pueblo griego en M. GUERRA, *Historia de las religiones*, 3 vols., Pamplona 1980 (cfr. v. I, cc. III-V; v. 3, cc. II-III).

Por otra parte, debe señalarse que la crítica de los filósofos hacia las narraciones míticas va dirigida, sobre todo, a la forma como éstas presentan el mundo de los dioses, sin rechazar, sin embargo, su contenido más profundo. Más que expresión de una conciencia atea o agnóstica, tales críticas son una manifestación clara de una conciencia religiosa más rigurosa y exigente, que va alcanzando una idea de Dios cada vez más elevada.

La configuración de la filosofía como ciencia supone, sí, un proceso de maduración intelectual, de crecimiento interior del hombre y del pueblo griego y, sin embargo, tal proceso no permite contraponer radicalmente el mito al *logos*. Esta contraposición aparece hoy como algo forzada, como un tópico originado más por la mentalidad racionalista del siglo diecinueve que por la realidad de los hechos¹³. Obviamente cuando se identifica verdad y ciencia, cualquier otra forma de saber no puede ser apreciada.

Hoy día la sensibilidad cultural es bien distinta y, paradójicamente, el riesgo que debe evitarse es precisamente el contrario, la exaltación de todo saber arracional ante el desprestigio, si no el desprecio, de cualquier saber teórico que pretenda presentarse como riguroso y cierto. El modo más justo de entender el mito parece, pues, que debe situarse entre los dos extremos. Más que interpretarlo en sentido reductivo, esto es, como ficción o fábula, debe ser comprendido — como en las sociedades arcaicas — como expresión de las verdades primordiales sobre el mundo y el hombre, como una historia sagrada y verdadera no destinada a satisfacer una curiosidad científica, sino a revivir una realidad originaria¹⁴. Ciertamente en el mito hay fantasía, «algo irreal, más espumoso y blando que la dura y prosaica realidad o que las verdades abstractamente formuladas. Pero no es sólo esto. Es también *logos*, idea, mensaje. Mito sin *logos* sería igual que un cuerpo sin alma, un cadáver»¹⁵. El mito pretende responder a los interrogantes más inquietantes y profundos del hombre, que tantas veces la razón no puede alcanzar. Pero más que una respuesta precientífica, el mito supone una propuesta supracientífica, en cuanto trasciende la visión técnico-científica del mundo y del hombre a la vez que se armoniza con ella¹⁶. El mito supone, casi siempre, un esfuerzo, quizá el más adecuado, de conocer lo incognoscible. Por eso, el mito no desaparece con el inicio del filosofar, sino que pervive en las principales figuras del pensamiento griego y, cabría añadir, pervive todavía en nuestros días aunque con una apariencia externa bien distinta de la de los mitos homéricos.

13. Exponente de tal mentalidad fue W. NESTLÉ quien en su libro *Mythos und Logos*, Stuttgart 1940, refiere a estos dos términos los dos polos entre los que oscila la vida del espíritu humano: la representación mítica y el pensamiento lógico, entre sí opuestos. La victoria progresiva del *logos* sobre el *mythos* sería el necesario destino de toda cultura madura.

14. Cfr. M. ELIADE, *Mito e realtà*, Torino 1966.

15. M. GUERRA, *Historia de las religiones*, o.c., v. 2, p. 59.

16. Cfr. F. GRAF, *Il mito in Grecia*, Bari 1988.

3. DIVISIÓN DE LA FILOSOFÍA ANTIGUA

La filosofía griega inicia su andadura en el siglo VI a.C. y la concluye en el año 529 d.C., en el que el emperador Justiniano prohíbe las enseñanzas paganas. En estos siglos de historia, se pueden distinguir los siguientes períodos filosóficos:

a) El período *presocrático*, caracterizado por el problema cosmológico: ¿cuál es el principio de todas las cosas? ¿Cómo surge y se genera el universo? Son los filósofos que podemos llamar, siguiendo una terminología presente en Aristóteles, físicos o naturales: los jonios, pitagóricos, eléatas y los pluralistas.

b) Con los *sofistas* el problema del cosmos pasa a un segundo plano, poniendo al hombre como centro de su especulación; a este período humanista pertenece también *Sócrates*.

c) *Platón* y *Aristóteles* conducen la filosofía a un decisivo enriquecimiento, tanto por la profundidad de su pensamiento como por la diversidad temática de su interés especulativo. Con ellos, y en especial con Aristóteles, toman forma casi definitiva los diversos sectores del saber filosófico.

d) Dentro del *helenismo* se pueden agrupar tres grandes corrientes de pensamiento —estoicismo, epicureísmo y escepticismo— así como una marcada tendencia al eclecticismo.

e) En edad imperial la corriente filosófica más fecunda es el *neoplatonismo*, precedida por el *platonismo medio* y el *neopitagorismo*, y marcada por la coloración religiosa que asume la especulación filosófica de todo este período.

f) Por último, aunque cronológicamente simultáneo al platonismo medio y al neoplatonismo, el *primer pensamiento cristiano*, ocupado durante los primeros siglos de nuestra era en interpretar, sirviéndose de las categorías filosóficas del momento, la fe revelada para comprenderla con mayor profundidad, defender su originalidad y hacerla más asequible al entorno cultural helénico pagano.

4. FIN DEL ESTUDIO HISTÓRICO

Antes de concluir esta introducción, es preciso responder al para qué de un estudio sobre el pensamiento de los filósofos antiguos. ¿Qué beneficio puede aportar el conocimiento de tales doctrinas? Partiendo de la concepción vista de filosofía como búsqueda de la verdad, el estudio de su historia sólo tiene sentido si se entiende desde esa misma perspectiva, esto es, como búsqueda en el pasado de algo que valga también para el presente. Una historia de la filosofía que no sea búsqueda de la verdad, sólo podría interesar al erudito o al anticuario. Tomás de Aquino lo expresaba con estas palabras: «... el estudio de la filosofía [de su historia] no es para saber qué pensaron los hombres, sino de qué modo alcan-

zaron la verdad de las cosas»¹⁷. Antes de él, Aristóteles había señalado que la filosofía, la búsqueda de la verdad, es una tarea colectiva: «La investigación de la verdad es, en un sentido, difícil; pero, en otro, fácil. Lo prueba el hecho de que nadie puede alcanzarla dignamente, ni yerra por completo, sino que cada uno dice algo acerca de la Naturaleza; individualmente, no es nada, o es poco, lo que contribuye a ella; pero de todos reunidos se forma una magnitud apreciable»¹⁸.

Ésta es la función de la historia de la filosofía, proponer el pensamiento de los filósofos para que sirva de ayuda a nuestra inquisición de la sabiduría. No cabe, pues, una concepción *clasicista* de la historia de la filosofía antigua, que reduciría ésta a un conjunto de teoremas y proposiciones rígidamente concatenados, considerándolos a la vez la cumbre del pensamiento humano, la solución definitiva a todos los problemas filosóficos. Tampoco es válida la postura *historicista*, es decir, la convicción de que ninguna verdad sobrevive a la historia y, por tanto, la filosofía griega por contener la expresión del pensamiento humano en un momento histórico determinado, habría sido irremediablemente superada y sólo cabría intentar su fiel reconstrucción. En contraste con ambas posturas, debemos afrontar el estudio de la historia de la filosofía antigua convencidos de encontrar en ella numerosas verdades que el paso del tiempo no puede invalidar, y también numerosos errores que nos será útil conocer. «Y es justo que estemos agradecidos no sólo a aquéllos cuyas opiniones podemos compartir, sino también a los que se han expresado más superficialmente. Pues también éstos contribuyeron con algo, ya que desarrollaron nuestra facultad de pensar»¹⁹.

Lograr este fin implica tratar con seriedad el pensamiento ajeno, esto es, tratarlo precisamente como pensamiento, que para continuar siéndolo, y evitar convertirse en una fría fórmula sin más sentido que el de sus mismas palabras, necesita revivir en nuestra inteligencia, ser re-pensado respetando, a la vez y en la medida de lo posible, su propia originalidad y objetividad²⁰.

17. TOMÁS DE AQUINO, *In I de caelo*, lect. 22, n. 228.

18. ARISTÓTELES, *Metafísica*, II, 1, 992 a 30-b 4.

19. *Ibíd.*, II, 1, 993 b 11-14.

20. Cfr. E. BETTI, *L'ermeneutica come metodica generale delle scienze dello spirito*, versión italiana de *Die Hermeneutik als allgemeine Methodik der Geisteswissenschaften*, Tübinga 1972, a cargo de G. MURA, Roma 1987.